

ñol
labi
hija
litic
a, nuestros her-
manos del otro lado del océano cortaron
los lazos que les anudaban a los abuelos
de la orilla ibérica. Era lógico. Para vi-
vir ideas europeas, para alimentarse de
jugos de Europa, resultaba harto más
cómodo beberlos en el montañar origi-
nario que no en los vasos sucios de la
chabacanería simiesca de los escritores
ibéricos sentados en los cafés de Ma-
drid o de Lisboa.

El 98 fue la postrer ruptura de las
Espanas en las postreras Espanas Ame-
ricanas y los llamados intelectuales o

ropeo: el positivismo en boga. Para
aceptar en el saber de las Espanas an-
heladas, en medio de los avatares agó-
nicos de aquel 98 lúgubre, Europa tras
privarles de la captación de lo que sea
el catolicismo a la española usanza, so-
lamente les regalaba un positivismo dig-
no contrapie filosófico por rastrería de
la rastrería del canovismo político que
enmarcaba sus perfiles humanos.

Ciegos de fe cuando hambrientos de
esperanza, los varones del 98 buscaron
a las Espanas por los caminos del posi-
tismo. Y naturalmente, no las encon-
traron. Quedó su tarea en una pasión
generosa cuanto simpática, más radical-
mente inútil. Las Espanas son la causa

culdida hiciera despertar a los hombres
dormidos sobre la piel tótemica del toro
ibérico con los ojos bastante abiertos
para conocerse a sí mismo.

Vinieron a enseñárselo a estos espa-
ñoles hambrientos del 98 los rudos maes-
tros de verdad que son los magños al-
fareros del quehacer español; los car-
listas. Lo que no vio don Miguel de Una-
muno, capitán mayor de la angustia del
98, lo sabían con su intuición sencilla
los requetés que bajaban de las monta-
ñas de Navarra. Ellos no habían leído
libros europeos, ni eran sabios eruditos;
pero poseían la doble fuerza de sentirse
soldados de su Dios y de su Rey. La le-
gitimidad fue mucho más que el bande-
rín dinástico; había sido el estandarte
bajo cuya sombra los carlistas sabían
lo que ignoraron los afanosos del 98: ser
españoles.

Por eso el 18 de Julio fue radicalmen-
te carlista. Porque era español y el Car-
lismo es la sabia de las Espanas discu-
rriendo por los cauces de la legitimidad.
El 36 es la réplica afirmativa a las du-
das del 98. Bajo el amparo de las ban-
deras de los tercios carlistas, blancas
como verdad de teología y rojas como
la pasión de las Espanas crucificadas en
tres siglos de agónica pesadumbre ca-
lumniosa, latía el tesoro que los del 98
habían buscado en vano: la eterna ver-
dad de las Espanas.

Gracias al Carlismo, los españoles del
36 no estuvieron ciegos como los espa-
ñoles anhelantes de la generación llama-
da del 98.

F. E. de T.

a secas meditadores, sintieron en el de-
ber de recapitular los motivos de la
quiebra del grande Imperio donde no se
ponía el sol. Fue aquella hora amarga,
la de encerrarse dentro de sí mismos en
averiguaciones de las sinrazones del gran
fracaso histórico. Y cuando un puñado
de rebeldes, hambrientos de la verdad
española, descendieron sobre el escena-
rio palpitante de la tragedia con pa-
sión de aquilataadores y desconcierto de
vencidos..

Pasión española y desconcierto men-
tal: tal fue el 98 político. Ansias de bus-
car a las Espanas e ignorancia de las
sendas que a las Espanas conducían.
Dolor histórico de unas desgarraduras
en carne viva, rabiosamente hurgadas
con frenesí de indignación y ojos vela-
dos para la verdad próxima. Tal vez
fue el signo pálido y agrio del 98.

Eran hombres que buscaban a las
Espanas, ignorantes de que las Espa-
ñas anheladas seguían perviviendo, ás-
peras e hidalgas, serenas y eternas, am-
paradas bajo los santos pliegues de las
banderas de la legitimidad de Car-
los VII.

Padecían la ignorancia por exceso y
por defecto. La falta era la de la fe reli-
giosa. Partían del cero de la deforma-
ción que en sus mentes generosas había
producido la europeización cobarde del
rastrero canovismo de la restauración
alfonsina, por lo que no acertaban a
captar el valer poderosísimo de la cató-
licidad española; a fuerza de oír papa-
rruchas anticlericales no sabían que la
fe mueve las montañas y que las Espa-
ñas fueron, son y serán simplemente la
restauración de la Cristiandad política.
A fuerza de europeización en los hori-
zontes religiosos, desconocían que la

del Dios de las Espanas y ellos empeza-
ban por no sentir ni comprender a Dios.

Por eso la idea central del 98 en la
política fue darnos la versión positivis-
ta de la Tradición nuestra. Quedáronse
en la forma, sin penetrar al contenido.
Eran ciegos que caminaban a tientas y
a tientas únicamente cabe palpar, mas
nunca adivinar la peculiaridad de los
matices que definen.

Y así don Miguel de Unamuno, espa-
ñol a machamartillo pero borracho de eu-
ropeas teologías protestantes y de eu-
ropeas filosofías positivistas, nos pro-
porcionó con su concepción del «casti-
cismo» la traducción al positivismo de
lo que es la verdadera noción sociológi-
ca de la Tradición nuestra. Así Angel
Ganivet, rabioso español hasta la medu-
lla europeizado en la curiosidad desorien-
tada, labró en el «Idearium» y en «Gra-
nada la Bella» dos sustitutos de la vi-
sión que los carlistas tenemos de la his-
toria hispánica y de la manera de nues-
tro regionalismo federativo; la monar-
quía misionera y federativa quedó para
Angel Ganivet en caricatura pasada por
los cedazos del positivismo. Y así fue-
ron puramente estetas y formales los
sentidos hispánicos de Azorín o de don
Ramón de Valle-Inclán, amor a las
aldeas o centelleo de boinas rojas en
la viril heroicidad de la carlistada ma-
ñanera. Y así Machado no vio en Cas-
tilla más que el paisaje místico, sin per-
catarse de las razones teológicas que en
la fragua histórica engendraron la mis-
tica solemne del paisaje supremo de
Castilla. Y así Maragall o así Ponal
no miraban, ciegos para la historia au-
téntica, más que la geografía rigurosa-
mente reseca de la meseta castellana.

Eran las suyas Espanas cercanas pe-



11

En "Arada y Asta", Santander,
n.º 13 (jun - sept., 1961), p. 11

s/c93-21

R 527

